

Las emociones de la lectura

Ana Olivera

Cuando reflexionamos sobre cómo hacerse lector lo habitual es aludir a los factores externos que intervienen en el proceso de la lectura, El acceso a los libros, el contar con un lugar adecuado y el disponer de tiempo son algunos de los más mencionados, pero a menudo olvidamos que el elemento esencial para que prenda el gusto por la lectura es exclusivo de cada persona, que un lector nace y se alimenta de sus propias emociones y estas dependen de las vivencias de cada uno y de sus fricciones con el mundo. Si rememoro qué me llevó a convertirme en lectora podría citar un puñado de libros y algunas personas que amaban la lectura, pero si profundizo afloran las sensaciones que despertaron dichos libros y el contacto con dichas personas: la ternura de mi abuela leyéndome una y otra vez el mismo libro, el deseo de traspasar los límites de mi realidad para convertirme en la protagonista de una novela infinita, la inseguridad y la tristeza de algunos años difíciles en los que unos cuantos libros me ayudaron a descubrir quién era, o mejor, quién ansiaba ser, las lecciones de vida y revelaciones luminosas de algunos personajes literarios que aún hoy me acompañan, o el goce secreto de saber que existe un libro de nombre impronunciable que con solo releer algunas páginas me transporta en un instante al mundo de la escritura. Ese trenzado de emociones que nos provocan las personas que admiramos y los libros que nos habitan es lo que nos amarra de manera permanente a la lectura. El resultado es que pasamos a disfrutar de una vida que se nutre de las experiencias de los demás y es ese fundirnos con los libros lo que nos permite vivir no la vida real sino otra más verdadera. Y no quiere decir que quien no lee no vive. Nadie duda de que es mejor vivir una historia de amor que leerla. Pero si un día encuentras tu historia de amor reflejada en un libro y la revives de nuevo, el placer te desborda. Por ello, aunque hay momentos en que la vida nos golpea con dureza o nos expropia el tiempo y abandonamos la lectura, quienes hemos sentido el placer de leer siempre acabamos volviendo: para entretenernos, para descubrir qué hay bajo la superficie de los otros, para llenar nuestra vida o vaciarla en alguna de nuestras huidas, para sentir, en suma, que estamos conectados a través de ese mundo paralelo que nos habla con palabras de los que están o de los que ya se marcharon. Y ahora que la ciencia acaba de reconocer, por fin, la importancia de las emociones, las últimas investigaciones demuestran lo que siempre supimos: que la lectura es una escuela de emociones y que los lectores guardan los recuerdos de forma distinta, que lo que leen se integra en el bagaje de cada uno. Son las bibliotecas, como mediadoras, las encargadas de propiciar y mantener esta alianza íntima entre emociones y libros. Si evoco qué me han aportado las bibliotecas de nuevo aparecen los libros, pero si pienso en por qué me gusta tanto entrar en ellas acuden multitud de vivencias, casi siempre compartidas, como aquel año en una pequeña biblioteca en la que descubrimos que nunca nos habíamos sentido tan acompañados, que lo que nos aislaba de los demás se deshacía al pasar al otro lado, a esa otra realidad que dibujábamos entre todos. Y del mismo modo en que nos anudan a la lectura los sentimientos que nos producen los libros y las personas que admiramos, nos hacemos fieles a las bibliotecas en las que nos sentimos bien y nos ofrecen un espacio para crecer. Por eso, hoy que es posible acceder al conocimiento casi desde todas partes, las bibliotecas se han propuesto llegar hasta el último rincón para conectar lectores y no lectores, convertidas en espacios físicos o virtuales en los que se cultiva el tiempo de la atención, la memoria y la creación de manera colectiva, lugares que ofrecen entornos de verdadera conexión entre las personas y los libros, o para ser más precisos, entre nuestras emociones y la lectura.